

Solemnidad de San Benito – Talavera de la Reina, 11 de julio de 2023

Lecturas: Proverbios 2,1-9; Efesios 4,1-6; Lucas 22,24-27

“Si haces venir a la inteligencia y llamas junto a ti a la prudencia; si la procuras igual que el dinero y la buscas lo mismo que un tesoro, comprenderás lo que es temer al Señor y alcanzarás el conocimiento de Dios. Porque el Señor concede sabiduría, de su boca brotan saber e inteligencia.” (Prov 2,3-6)

Estas palabras del libro de los Proverbios expresan bien lo que anima la vida de San Benito y de sus discípulos. Es una vida que se considera siempre recibida del Señor; una vida en la que lo que se pide y se recibe es más importante y más precioso que lo que se es y lo que se hace.

Pero, ¿en qué sentido este camino de exigencia, de oración, de búsqueda de Dios, puede considerarse un camino de servicio, un camino que sigue a Cristo como Él mismo se define en el Evangelio que hemos escuchado: “El que sirve” (Lc 22,27)?

El siervo no da lo que es suyo. El siervo da, transmite, lo que pertenece a su señor. El siervo no se ve a sí mismo como un “bienhechor” porque no hace más que servir, transmite lo que recibe de su señor. Así, el siervo de Dios no hace más que transmitir lo que Dios le da. “Los que ejercen la autoridad se hacen llamar bienhechores. Vosotros no hagáis así” (Lc 22,25-26)

El camino benedictino, que se sigue en los monasterios pero que pueden recorrer espiritualmente todos los fieles vinculados a un monasterio, como los hermanos y hermanas de vuestra Hermandad, forma parte del movimiento del Dios que es Don. Jesús está en medio de nosotros como el que sirve, porque incluso para Él lo importante no es lo que Él mismo da, sino lo que da el Padre. Incluso muriendo en la Cruz, Jesús se da como Don del Padre y transmite el Espíritu del Padre. Para Él, dar significa transmitir lo que el Padre da.

Esta conciencia es una revolución, la revolución cristiana en la vida de las personas, de las comunidades, de los pueblos. De esta conciencia nace y renace siempre una cultura nueva, ya no determinada por juegos de poder, sino por el poder humilde de la Cruz, es decir, de la caridad de Dios que el Espíritu Santo nos comunica.

Cuando San Benito dice al comienzo de su Regla que quiere “fundar una escuela del servicio del Señor” (Prol. 45), comprende este servicio precisamente en este sentido. Se trata de aprender a transmitir lo que viene de Dios en lugar de pretender ser “bienhechores”.

La “escuela del servicio del Señor” que San Benito establece no es sólo una comunidad en la que se aprende a servir a Dios. Es también, y quizás sobre todo, un lugar donde se aprende a servir como Dios sirve, como Jesús sirve al Padre y a la humanidad en el humilde amor de su corazón.

Para enseñarnos esta actitud, esta conciencia, San Benito basa toda la vida de la comunidad en la oración y en la humildad hecha de obediencia, pobreza y servicio fraterno.

La Regla pide a los monjes que “esperen todo del padre del monasterio”, que “no den ni reciban nada sin permiso del abad” (cf. RB 33 y 54) para educarles a no creerse poderosos bienhechores, sino a convertirse en pequeños siervos que se limitan a transmitir lo que reciben. “Gratis lo habéis recibido, dadlo gratis” (Mt 10,8). Para dar, primero hay que aprender a recibir.

Si San Benito fue un maestro de la unidad de vida, si consiguió crear comunidades donde la oración y el trabajo se vivían en armonía, sin dualismos, es gracias a esta toma de conciencia. Es descubriendo que todo es don, que todo es dado por Otro, como se hace posible la unidad de vida.

El hombre vive normalmente una división entre lo que desea y lo que se le da, entre lo que pide y lo que obtiene, entre lo que quiere recibir y lo que quiere dar. Pero si descubrimos que todo nos es dado por Dios, descubrimos también que todo se unifica para nosotros en la gracia de poder transmitir lo que recibimos. Todo se unifica en la gracia de poder servir a Aquel que todo lo da.

El gran error de la cultura que domina la sociedad en la que vivimos es precisamente olvidar que todo pertenece a un Dios que lo da todo. Las personas, las cosas, las naciones, la naturaleza: todo es visto y tratado como perteneciente a los hombres. Cristo, y san Benito tras sus huellas, nos enseña que la verdad de nuestra relación con nosotros mismos, con los demás y con las cosas es la actitud del siervo de Dios, de quien sirve al don de Dios.

El hombre no puede crear unidad entre lo que recibe y lo que da si no entra en la actitud de servicio del propio Jesús. La gran ilusión es que podemos crear unidad poseyendo, acumulando, administrándolo todo, para ser “bienhechores”. La tentación de Eva de dar a Adán el fruto que había arrancado del árbol de Dios. En un paraíso donde todo era don de Dios, el pecado consistía en pretender realizar un acto de donación que ya no tenía su fuente en Dios. Un acto de falso poder, de benevolencia artificial, que otra Mujer, la Virgen María, redimió convirtiéndose en la esclava del Señor, en la humilde sierva del mayor Don que Dios podía dar a la humanidad: el Verbo Encarnado, es decir, Dios mismo.

San Benito quiso crear comunidades en las que el acto de entrada es una fórmula de profesión que se deposita en el altar en unión con la ofrenda del pan y el vino de la Eucaristía. Un acto en el que toda la persona y toda la vida se ponen libremente al servicio del Don supremo de Jesús al Padre y a la humanidad. Un acto por el que el hombre se convierte en siervo que ya no quiere recibir ni dar otra cosa que lo que Dios da, que Dios mismo dándose. De este modo, el hombre abraza el amor extremo de Cristo que, “sabiendo que el Padre lo había entregado todo en sus manos” (Jn 13,3), es decir, que todo se lo da el Padre, se levanta de la mesa y lava los pies a los discípulos como el más humilde servidor.

Hermanas y hermanos, si Europa, como el mundo entero, necesita aprender algo de su patrono San Benito, creo que es sobre todo esto: que el amor cristiano significa dar lo que se recibe, dar lo que ya está dado, servir lo que ya está ofrecido por Jesucristo, el Dios que es Amor, y que éste es el secreto de la unidad de las personas y de los pueblos, de la unidad y de la paz de toda la humanidad.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori, Abad General OCist